

SAN MANUEL BUENO, MÁRTIR

San Manuel Bueno, mártir es una novela noventayochista representativa de su generación literaria, de su contexto histórico y cultural y de su autor: Miguel de Unamuno.

En cuanto a su **contexto histórico**, refleja la crisis española de principios del siglo XX, en concreto la religioso-espiritual. Una crisis a su vez enmarcada en una situación internacional e influenciada por autores que recogen precisamente este sentimiento pesimista-existencialista como Schopenhauer o Nietzsche (quien afirmará: “Dios ha muerto”). La obra unamuniana girará en torno a los temas de la inmortalidad y la fe planteados en términos de verdad trágica o felicidad ilusoria. El autor, a través del protagonista de la novela, un sacerdote que no tiene fe, opta por la segunda alternativa y afirma: “opio, opio, sí démosle opio, y que sueñe (el pueblo)” en clara alusión a la frase de Marx de que la religión es el opio del pueblo y sigue, por tanto, realizando su trabajo de sacerdote pues entiende que la religión es esa droga que el ser humano necesita para conllevar una vida no siempre buena. Se convierte pues en una obra dramática y paradójica de abnegación y amor al prójimo.

San Manuel Bueno, mártir también es el prototipo de las novelas de su tiempo. Representa ese tipo de obras propias de los autores de la **Generación del 98** que huyen del modelo objetivo y recargado del Realismo y Naturalismo. **Temáticamente** en esta novela brilla más la interpretación subjetiva propia de esta generación, que la corta y aparentemente sencilla trama argumental dando paso a las grandes obsesiones de Unamuno: tema existencial, el sentido de la vida, el papel de la religión en la sociedad. Igualmente, el paisaje, España, Castilla y la historia son el marco de la obra. En concreto la encuadra en un pueblo al que simbólicamente llama Valverde de Lucerna (verde y luz simbolizan esperanza), en una comarca llamada Renada (menos que nada) para dotar a la obra de un carácter atemporal y general, pero que a la vez parece estar inspirado en un pueblo castellano (Sanabria). En él, transcurren las vidas sencillas y modélicas de sus habitantes (intrahistoria para el autor). Para dotar a la obra de este valor representativo de los personajes de cualquier pueblo de Castilla y del subjetivismo anteriormente mencionado, Unamuno elige nombres simbólicos para sus personajes: Manuel significa “Dios con nosotros”, es uno de los nombres de Jesucristo; Ángela es “mensajera” pues cuenta la historia; Lázaro es el “resucitado” del Evangelio pues colabora con Manuel a pesar de ser ateo.

Técnicamente también es una obra representativa de su generación literaria. Es una novela no muy extensa, de párrafo corto y oración breve donde predomina un diálogo con el que se transmiten con lenguaje sencillo estos conflictos y dramas íntimos de cada personaje. Este diálogo se encarga de expresar sentimientos y las propias valoraciones subjetivas del autor con respeto a los temas tratados. Propio de las novelas de la Generación del 98 es el típico final deliberadamente abierto para sacudir las conciencias de los lectores. Por un lado no se sabe si el proceso de santificación liderado por Ángela obtendrá la respuesta deseada y, por otro, nos pasa a los lectores la interpretación de la obra pues no deja claro si Manuel cree o no en el momento de su muerte. Unamuno recurre al doble autor (él mismo y Ángela) que recoge cada uno una interpretación distinta.